



Voces culles en la poesía de César Vallejo

Culle words in César Vallejo's poetry

ÍBICO ROJAS ROJAS¹

RESUMEN

Desde hace varias décadas, se señaló la presencia de palabras y estructuras sintácticas de la lengua quechua, en la poesía de César Vallejo. En este trabajo se trata de evidenciar la presencia de vocablos culles en los versos del citado poeta, nacido en Santiago de Chuco, ciudad ubicada en la sierra liberteña, dentro del área nuclear de la lengua culle. Región que, en la segunda mitad del siglo XV, ya había sido convertida en una zona plurilingüe, por la concurrencia de mitimaes de diferentes lenguas, ubicados en esa área por efecto de la conquista incaica. Hemos encontrado dos topónimos, un verbo de significado incierto hasta ahora y un sustantivo, que constituyen una muestra irrefutable del sustrato culle –lengua ancestral de la sierra norteña del Perú– en el castellano moderno de aquella región y que por consiguiente habría nutrido la lengua juvenil del poeta.

Palabras clave: Culle; quechua; poña; irichugo; tayanga; tahuashando.

ABSTRACT

For several decades, the presence of words and syntactic structures of the *Quechua* language has been observed in César Vallejo's poetry. In this paper, it is a question of evidencing the presence of *Culle* words in the verses of the above-mentioned poet. Vallejo was born in *Santiago de Chuco*, a city located in the Andean mountains of *La Libertad*, within the nuclear area of the *Culle* language-ancestral language spoken in the northern highlands of Peru. During the second half of the fifteenth century, this region had already been converted into a multilingual zone due to the presence of *Mitimaes*, who had been sent there as a result of the Inca conquest. Two toponyms (place names), a verb of uncertain meaning up until now and a noun have been found. They are irrefutable evidence of the *Culle* substratum in modern Spanish from that region. Obviously then, that language must have nourished the language of the poet.

1. Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú | ibico.rojas@gmail.com

Keywords: Culle; Quechua; poña; irichugo; tayanga; tahuashando.

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años, en una de mis recurrentes lecturas literarias, al leer el poema “Himno a los voluntarios de la República”, el primero de *España, aparta de mí este cáliz*, me sorprendió el contenido de cuatro versos² que rompen la tensión expresiva, bajan el tono épico de los versos precedentes e introducen una aparente discontinuidad temática; además aparecen encerrados entre paréntesis como para marcar el aislamiento y el carácter incidental de estos. En dichos versos, César Vallejo, con su excepcional talento creativo y estilo reflexivo, resalta que a “Todo acto o voz genial” subyace un germen social que se cristaliza en cada persona, con una perceptibilidad variable, pero de una incidencia innegable en la dimensión que pueda alcanzar el “acto” o la “voz genial”. Reflexión justificadora del contenido de los versos subsiguientes de dicho poema.

Una aproximación a las voces culles de Vallejo

En el otoño de este año, cuando escribía un ensayo sobre la lengua culle,³ al recordar que toda lengua (o el lenguaje en general) es la creación más genial de la humanidad, con la que las personas expresan libre y creativamente todos sus saberes, sus expectativas y frustraciones, sus amores, dolores y rencores, sus encantos y desencantos, sus gustos y disgustos. Y que, en síntesis, la vida de todas las sociedades humanas, convertida en representaciones semánticas, desencadena el flujo de palabras con la modulación particular de cada pueblo y de cada persona; de pronto se activaron en mi memoria esos versos y surgió la conjetura: si toda “voz genial viene del pueblo”, entonces en la poesía de Vallejo tendría que haber algún elemento que evidencie lo esencial del pueblo en el que se gestó su sensibilidad poética, su voz genial.⁴ Y como no hay otro elemento que refleje mejor la personalidad de un pueblo que su propia lengua; tenía justificada razón para suponer que en los versos de Vallejo existiría algún sustrato *culle*, lengua ancestral de su pueblo natal: Santiago de Chuco.

Extrañamente, aquella lengua no aparece debidamente documentada en ningún catálogo de las lenguas indoamericanas o amerindias; y sin ninguna partida de defunción, solo siguiendo la tradición del comparatismo decimonónico, de inspiración biológica, se dice que es una lengua “muerta”. Nadie sabe a ciencia cierta las circunstancias particulares de su origen ni la historia de su expansión por la sierra norteña de nuestro país. Al parecer, hasta el siglo XVI carecía de *glotónimo*; por lo menos, no figura en los documentos que pudimos revisar de aquella centuria. Solo hemos podido hallar el glotónimo *culle* en documentos

² Esos versos son los siguientes: (Todo acto o voz genial viene del pueblo y va hacia él, de frente o transmitidos por incesantes brizas, por el humo rosado de amargas contraseñas sin fortuna) (Vallejo, 2005, p.336)

³ El ensayo es “Culle: las voces del silencio” (2011). Forma parte del libro *Los huamachucos: Testimonios de una gran cultura* (2013) en el que se incluye trabajos de Luis G. Lumbreras (arqueólogo), Lucila Castro de Trelles (historiadora), Christian Vizconde (arqueólogo) y Pedro Chuquipoma (antropólogo)

⁴ Esto ocurría los primeros días de mayo. Unos meses después, gracias a una invitación de Marco Martos, redacté esta ponencia, cuya primera versión fue leída en el VI Congreso Internacional de Lexicología y Lexicografía organizado por la Academia Peruana de Lengua y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en Lima: del 5 al 7 de octubre de 2011. Congreso que estuvo dedicado a rendir un justo homenaje a Aida Mendoza, extraordinaria lingüista y fonóloga, compañera de trabajo en la UNMSM y en el INIDE, con quien compartí varias inquietudes investigativas. Su prematura desaparición siempre será sentida.

del siglo XVIII (también en la forma *culli*).⁵ Lo tenemos en los Documentos 1 y 2⁶ de 1746, en una carta de postulación a curatos escrita por Miguel Sánchez del Arroyo, cura de Ichocán, en 1774 (Zevallos, 1948, p. 380) y en el “Plan que contiene 43 voces Castellanas traducidas a las ocho lenguas que hablan los Yndios de la Costa, Sierra y Montañas del Obpado de Trujillo del Perú”, incluido en *Trujillo del Perú a fines del siglo XVIII* del obispo Jaime Baltazar Martínez Compañón (1790).⁷

No obstante, los estudios realizados por Willem Adelaar (1989) acerca de los topónimos de dicha región –que son vestigios inequívocos de la presencia del pueblo culle–, revelan una difusión muy extensa, que habría tenido como área nuclear las actuales provincias de Cajamarca, Cajabamba (al sur del departamento de Cajamarca), Gran Chimú, Otuzco, Sánchez Carrión, Julcán, Santiago de Chuco (ubicadas en la sierra liberteña y que formaron parte del antiguo corregimiento de Huamachuco), Pallasca (al norte del departamento de Ancash) y posiblemente algunas otras áreas aledañas.⁸ Por ejemplo, el poeta Dimas Arrieta viene registrando en la sierra de Piura, desde hace un buen tiempo, voces culles de sumo interés lingüístico, en las que hemos podido observar algunos probables cambios semánticos respecto a las de la zona nuclear.

Es interesante resaltar que dicha área –secularmente cullófona– habría comenzado a convertirse en un territorio multilingüe desde la presencia de los quechuahablantes huari (o wari). Luego, la conquista incaica reforzaría la difusión del quechua y marcaría el fin del monolingüismo hegemónico del culle; como consecuencia de grandes movimientos poblacionales como fueron los Mitimaes de privilegio, cuzqueños o aliados de los incas; y los Mitimaes de castigo, conformados por grupos insumisos –según la clasificación de Zevallos (1978, p. 625)–. Mitimaes que procedían de apartados curacazgos como los de los guayacondos, los amarumayo, los chimor y los cañaris (Espinoza, 1962, p. 119); que hablaban sus respectivas lenguas maternas: una lengua jíbara, la amuesha (llamada ahora *yáneshá*) (Solís, 2012, p. 244), la chimú y la cañar; entre las que se establecieron contactos muy dinámicos. A estas comunidades se superpuso el grupo de los invasores españoles con la lengua castellana, a mediados del siglo XVI. Desde entonces, el área culle se convirtió en un área multilingüe.

Esta situación fue muy propicia para un intrincado proceso de transferencias mutuas entre aquellas lenguas en contacto; con una mayor incidencia del quechua (por el gran número de hablantes en la región) y del castellano (por la forma impositiva de su enseñanza), lo que tornó borrosos muchos elementos fonológicos y gramaticales de dichas lenguas, en particular, de las nativas. Estas, además, fueron afectadas por el sistema escritural castellano, pues debido a su carácter ágrafo, muchos de sus vocablos al ser registrados mediante el alfabeto castellano –de seguro adecuado a las variantes de la lengua hispánica del siglo xvi, pero no a las características específicas de las lenguas amerindias–, sufrieron

⁵ La palabra “culle” o “culli” no figura en el diccionario quechua de Domingo de Santo Tomás (1560) ni en el de fray Diego González Holguín (1608). Pero “culli” podría ser una forma quechuizada de “culle”.

⁶ Documentos inéditos encontrados por Manuel Flores Reyna en el Archivo Arzobispal de Trujillo (Ver Rojas 2011).

⁷ Pero en 1950, Josefina Ramos Cabredo dio a conocer un documento de 1638, en el que se da noticia de la lengua culle (Adelaar, 1989, pp.84-85). Por lo que este sería el registro más antiguo del glotónimo “culle”.

⁸ Áreas que, de seguro, debieron ser muy amplias, si se tiene en cuenta que la religión del pueblo culle se habría extendido por toda la sierra de los Andes centrales –que después sería de dominio incaico–, desde Quito hasta el Cuzco, como afirman los primeros “doctrineros” agustinos que se afincaron en Huamachuco a mediados del siglo XVI (Agustinos, c1561, p.18).

modificaciones tan confusas que complicaron aún más aquella situación multilingüe. Estos hechos, por supuesto, dificultan cualquier intento de reconstrucción lingüística e inciden en la provisionalidad de los estudios sobre aquellas lenguas, ayer vigentes en la citada región andina y hoy completamente desactivadas.

Los poéticos vocablos culles

En la búsqueda de información que pudiera servir para afianzar la conjetura inicial, acudí a mi amigo Cristóbal Campana –natural de Santiago de Chuco, estudioso perspicaz y lector incansable de Vallejo– y cuando le expuse cuál era mi interés, recitó el verso “va un joven labrador a Irichugo”, a lo que agregó que tenía la certeza de que esta es una palabra culle y que podría encontrar algunas más en otros poemas. Efectivamente, una nueva lectura de la obra poética de Vallejo, nos permitió hallar unas pocas pero valiosas muestras. En la última estrofa del poema “Hojas de ébano” de *Los heraldos negros* (LHN) hallamos una palabra extraña: *tahuashando*,⁹ ciertamente castellanizada, pero de origen y significado inciertos. Esta es la estrofa:

Llueve... llueve... Sustancia el aguacero,
reduciéndolo a fúnebres olores,
el humor de los viejos alcanfores
que velan tahuashando en el sendero
con sus ponchos de hielo y sin sombrero.

(Citado por González-Vigil, 2012, p. 140).

Más adelante, en la última estrofa del tercer soneto que forma parte de “Terceto autóctono” de LHN, Vallejo utiliza un topónimo de apariencia culle. Dice:

Y al sonar de una caja de Tayanga,
como iniciando un *huaino* azul, remanga
sus pantorrillas de azafrán de Aurora.

(Ibídem, p. 144).

Y en la cuarta estrofa del poema “Mayo” incluye otro topónimo: *Irichugo* (el identificado por Campana) de evidentes rasgos culles. He aquí los versos:

Hoz al hombro calmoso,
acre el gesto brioso,
va un joven labrador a Irichugo.
Y en cada brazo que parece un yugo
se encrespa el férreo jugo palpitante
que en creador esfuerzo cotidiano

⁹ Vocablo que sirve de título a la obra de Jorge Guzmán (2000) quien estima que proviene del quechua *tawa* (que significa ‘cuatro’). Luis Andrade (1995) pone en duda el supuesto origen quechua de *tahuashando*.

chispea, como trágico diamante,
a través de los poros de la mano
que no ha bizantinado aun el guante.

(Ibídem, p. 149).

Además de los vocablos anotados, Luis Andrade considera (en una comunicación personal) que *poña* también es una voz culle, que aparece en el libro *Poemas humanos*, en una estrofa del poema “Guitarra”:

El placer de esperar en zapatillas,
de esperar encogido tras de un verso,
de esperar con pujanza y mala poña;
el placer de sufrir: zurdazo de hembra
muerta con una piedra en la cintura
y muerta entre la cuerda y la guitarra,
llorando días y cantando meses

(Ibídem, p. 538).

Una aproximación a las voces culles de Vallejo

Acontinuación tratamos de ordenar algunas reflexiones acerca de los vocablos *poña*,¹⁰ *Irichugo*, *ayanga* y *tahuashando* que, aun cuando hubiesen sido afectados por un secular proceso de quechuización y de castellanización, conservan ciertos aspectos formales que permiten relacionarlos con la lengua culle.

En este intento podemos decir, en principio, que la palabra *poña* no es originaria del castellano ni del quechua; por lo que bien podría ser un elemento del sustrato culle en el castellano de la antigua área cullófona, donde la gente sigue usándola hasta ahora con el mismo significado y tiende a vincularla con su lengua ancestral; lo que refuerza nuestra presunción. Los santiaguinos llaman al ojo, es decir, cuando se contacta con la membrana conjuntiva del ojo, causa un escozor molesto. En estos casos, la persona afectada pide a otra que le sople el ojo hasta liberarla de la molesta *poña*. Con este significado aparece en la poesía de Vallejo y así se puede entender la terrible sensación del poeta de

de esperar con pujanza y mala poña;
el placer de sufrir...

(Ibídem).

Pero un registro de Antonio de la Calancha (1654, p. 1230) hace suponer que *poña* también habría sido usual en la costa norteña. Pues, el citado fraile agustino, asombrado por la rica producción agropecuaria de Guadalupe, ciudad costanera en el valle de Pacasmayo, dice que “ay frutales de sazonados frutos, unos criollos, i otros de Castilla” y que “los que no fructifican engordan ganados, que a veyntenas de millares en manadas cubren los campos

¹⁰ Vocablo y costumbre cuyos usos también se advierte, desde muchas décadas atrás, en familias de las zonas urbano marginales de Trujillo, que proceden del área culle.

i enriquecen los dueños” sin más esfuerzo que “sacudir los árboles, porque la florecilla que los copados i crecidos algarrobos arrojan llamada poña, cubre el compás de sus sombras, i deja dulce y provechoso pasto el algarroba en vaynas con lo dulce da sabor a las carnes, i con lo fuerte engruesa los ganados, los venados y cervatillos”. Sin embargo, es pertinente resaltar que en este uso *poña* significa florecilla y no brizna o pelusa vegetal. Sobre esta diferencia semántica podemos plantear una primera hipótesis, de acuerdo con la cual el agustino y muchos de sus compañeros de conquista –como fue frecuente en las situaciones de contacto de lenguas en aquel tiempo–, tal vez no llegaron a captar el verdadero sentido de esta palabra culle, que es el más consistente hasta la actualidad en la población de la sierra liberteña.

El anotado uso de *poña* al norte de Trujillo, a mediados del siglo XVII, por supuesto, ha generado cierta duda sobre la atribuida filiación culle. No obstante se puede mantener esta conjetura, si se tiene en cuenta que la extensión de su uso habría sido favorecida por una añosa práctica de intercambio de presentes entre la gente culle y la mochica, con el fin de mantener buenas relaciones, desde siglos anteriores a la conquista incaica; y reforzada en cierta medida, durante la Colonia, por el tránsito de los agustinos entre Huamachuco¹¹ y Pacasmayo, ciudades en las cuales las “doctrinas” estaban a cargo de estos. Pero si *poña* fuese en realidad una palabra originaria de la lengua mochica (o chimú) –como creyó Brüning,¹² a partir de la procedencia de la fuente en la que la halló registrada–, se puede pensar que su difusión en la sierra liberteña se habría debido, en un primer momento, a los intercambios ya señalados o, más tarde, a un desplazamiento masivo de los chimú; quienes, además de sufrir una devastadora derrota militar, fueron objeto de una diáspora total infligida por los incas. De este modo, muchos de ellos fueron trasladados a esa región como “mitimaes de castigo”,¹³ posiblemente a fines de los años setenta del siglo xvi. Desde entonces, la palabra *poña* podría haber quedado integrada al sistema de la lengua culle; por cierto, como dice Saussure (1916, p. 132), sujeta a los procesos de evolución “fonética y morfológica” de esta. Y de ahí habría sido transferida al castellano andino de La Libertad, variante idiomática en la juventud de César Vallejo.

Sin embargo, por el uso tan extenso de la palabra *poña* –en la sierra norteña, incluso más allá del área nuclear culle– con su significado de ‘brizna’ o ‘pelusa vegetal’ que irrita la membrana conjuntiva del ojo, Ahora bien, otro hecho, que requiere atención, es la existencia de la palabra *poña* en el léxico de cierta área quechua. Ramón Noriega (2012, p. 91) recoge el siguiente testimonio de la profesora Carmela Segovia de Valencia, natural de Apurímac: “*Poña* en mi tierra es una expresión usada en el campo para indicar restos orgánicos de plantas como hojas y flores que se depositan bajo los arbustos”.¹⁴ A continuación, Noriega agrega: “La misma profesora informa que *poña* se aplica a las personas sobreprotegidas, pero para que despierten o que maduren: ‘Eres un *poña*, despierta; no seas *poña*’”. Al

¹¹ Los agustinos se establecieron en Huamachuco a principio de los años cincuenta del siglo XVI.

¹² En el *Diccionario Mochica de Brüning* (2004, p.48) aparece la palabra *poña* [‘po.na]... flor de algarrobo”, tomada del registro que hizo fray Antonio de la Calancha al promediar el siglo XVI.

¹³ Ambas abuelas de César Vallejo habrían sido indígenas chimú. Al respecto, González Vigil (2005, p. 9) afirma: “Sus padres fueron Francisco de Paula Vallejo Benites (1840-1924), quien era hijo de un sacerdote español (gallego) y de una india chimú, y María de los Santos Mendoza Gurrionero (1850-1918), quien también era hija de un sacerdote gallego y una india chimú”. Seguramente, descendientes de alguno de los mitimaes chimú, que fue ubicado en aquella serranía.

¹⁴ El uso de dicho término en Apurímac, con el mismo significado que registró Calancha –según la información de la profesora Segovia–; y que extrañamente no aparece en los diccionarios quechuas, constituye un caso que requiere una investigación específica, a fin de descubrir cómo y cuándo llegó el vocablo *poña* a esa región. Indagación que, desde luego, escapa al objetivo de este trabajo.

respecto, podemos anotar que si bien la palabra *poña* no ha sido incluida en los diccionarios quechuas, sí hemos encontrado en estos el lexema *puñu* relacionado con los siguientes significados:

I

Puñucuni.gui, o puñunigui dormir
Puñuchini.gui, o puñunachini.gui ...
Adormecer
(Santo Tomás [1560] 1951, pp. 343-344).

II

Puñuni, dormir.
Puñuna, cama.
Puñuni, fornicar.
Puñuchini, adormecer a otro, o arroyar niño, y hacer fornicar.
Puñucuni, estar durmiendo.
Puñunayanipuñuñayahuanmi, auer gana de dormir.
Puñuycamayoc, dormilón.
Puñuypuñuy adormido, medio dormido.
Puñuycuni, dormirse.
(Anónimo [1586] 1961, pp. 72-73).

III

Puñuccuni, o puñuni. Dormir.
Puñu pucumuni. Dormir en casa agena, o fuera de su casa, o en la cama de otro, o con mujer agena.
Puñunihuarmictam.
Dormir con mujer, fornicar.
Puñuna. La cama.
Puñuy. El sueño.
Puñuyccuni. Echarse a dormir.
Puñuycamayoc. Dormilón.
(González Holguín [1608] 1952, p. 296).

IV

Punukaakaykuy. ... intr.
Quedarse dormido (debiendo mantenerse despierto).

Punukaay. ... intr. Dormitarse, dormirse.

Punuy. ... intr. Dormir. Cf. puñuy.

Puñuy. ... intr. Dormir. Cf. punuy (Parker y Chávez, 1972, p. 129).

Sobre esta información léxica, es posible conjeturar que el vocablo *poña* (con el segundo significado usado por la profesora Segovia) podría ser el resultado de un proceso de evolución fonológica del morfema quechua *puñu*; o de un proceso de transferencia de semas acerca de la falta de ‘buen ánimo’, de ‘capacidad volitiva’ o de ‘desgano’, vinculados con los de *puñuy* (= dormir); o *punukaakaykuy* (= quedarse dormido, debiendo mantenerse despierto), como ocurre en muchos casos de contactos de lenguas. Hipótesis que solo podrían ser sometidas a prueba si se dispusiese de los conocimientos diacrónicos necesarios para explicar tales cambios. Pero debemos concluir señalando que este no es un problema concerniente al presente ensayo, sino materia de otro trabajo de investigación.

Después de examinar todos estos aspectos, podemos reafirmar la idea de que *poña*, en los versos de Vallejo, es un vocablo *culle*.¹⁵ En cuanto a las otras tres palabras, también tenemos una primera evidencia: ninguna es de origen castellano y los lexemas *taya* y *lengua*; tampoco el vocablo *tahuash*. De lo que se puede hacer una primera inferencia: no proceden del quechua; ni provendrían de las otras lenguas que entraron en contacto en el área culle.

Por otro lado, ninguna de las personas naturales de Santiago de Chuco que fueron consultadas puso en duda el origen culle de *Irichugo*, nombre de una pequeña población cercana a la mencionada ciudad; quizá porque el lexema *-chugo* haga muy evidente su filiación culle. Al respecto, Adelaar (1989) resalta que esta forma y su variante *chuco* es “uno de los elementos más interesantes que se pueden hallar en la toponimia local”; pues, se la encuentra en nombres de ciudades, caseríos y aldeas; también en la forma *shugo*, como en “Huasoshugo”, que podría ser el signo primigenio. Todo lo cual refuerza la presunción de pertenencia del topónimo “*Irichugo*” a la lengua culle.

En cuanto al topónimo *Tayanga*, nombre de un pequeño poblado de Santiago de Chuco, algunos quechuófonos y quechuistas vinculan de inmediato la forma *Taya-* con el nombre, supuestamente quechua, de una leguminosa y piensan por ello que el indicado topónimo es de origen quechua. Sin embargo, este vocablo no aparece en los diccionarios quechuas de Santo Tomás ni de González Holguín. Tampoco aparece el término *tayanca* como nombre de la leguminosa de la que me decía Félix Quezada que crece en Pallasca. Esta misma palabra aparece como un topónimo en la provincia de Pataz (en la parte suroriental de La Libertad). Y, como es evidente, la diferencia entre “*tayanga*” y “*tayanca*” solo se debe a la presencia/ausencia del rasgo fonémico de sonoridad en el fonema consonante velar /g/ [+sonoro] / /k/ [-sonoro]. De lo que se podría hacer las siguientes deducciones: que “*tayanga*” es una cullización de “*tayanca*”; pero también a la inversa: que “*tayanca*” es una quechuización de “*tayanga*”; o que ambas formas son variantes dialectales de origen quechua o culle, por el contacto de ambas lenguas.

Desde otra perspectiva, María del Carmen Cubas (2007) opinaba que la secuencia *-nga*¹⁶ podría ser *culle*, partiendo del supuesto que *Taya* fuese una voz quechua. Y creo que su intuición se acerca mucho a la realidad; porque parece ser que la secuencia *culle* no solo es *-nga*, sino *ayanga-*. Así aparece en *Ayangay*¹⁷, nombre de un río de Santiago de Chuco, y en una variante: *Ayanguay*, un topónimo de Otuzco. Ahora bien, teniendo en cuenta el aspecto formal de estos topónimos –aspecto que no siempre es determinante, pues las apariencias muchas veces no corresponden a los aspectos esenciales del objeto de estudio– y fundamentalmente su ubicación muy cercana, dentro del área nuclear *culle*, podemos estar seguros que “*Tayanga*” es una voz propia de esta lengua.

En lo que respecta a la palabra *tahuashando*, su origen, estructura y significado son más complejos. Pero podemos comenzar señalando que la primera parte de esta: *tahua-*, muy parecida a la voz quechua “*tawa*”, y la fuerte presencia del quechua en la sierra liberteña, habría inducido a muchos estudiosos a creer que la citada palabra procedería de dicha lengua, específicamente del numeral *tawa* que, de acuerdo con el sistema escritural castellano del siglo xvi –y por la recomendación del Tercer Concilio Limense (1583),¹⁸ que Fray Diego González Holguín recuerda “Al lector” en su *Vocabulario* (1608)–, habría sido registrado como *tahua*.

Por ejemplo, en *La Crónica Dominical* del 19 de junio de 1955, el profesor Ángeles Caballero publicó el artículo “Peruanismos en la literatura peruana: César Vallejo”, que tal vez sea el primer trabajo en el que se resalta la presencia de la palabra *tahuashando*. Ángeles (1955) la considera “con un fondo afectivo y con algo de rumor impresionista” (p. 6). Además dice: “Los diversos Diccionarios y Vocabularios traducen la voz ‘*tahua*’ por cuatro. Vallejo, para hacerla más expresiva ha agregado el sufijo *ando* ofreciendo mayor dosis de subjetividad”. Más adelante precisa: “Si pretendiéramos sustituir el vocablo *tahuashando* por su traducción literal ‘de cuatro en cuatro’, el verso perdería trascendencia, su esencia afectiva, su contenido; trascendencia, afectividad y contenido, que apreciamos hondamente los que conocemos el verdadero fondo estilístico del idioma quechua”. El estudioso Manuel Marticorena (1993), cuya lengua materna es el quechua, hace suyas estas ideas, sin agregar ni quitarles nada.¹⁹ Pero sí anota que el poema “*Idilio muerto*” “posee mayor tinte del sustrato quechua por su disposición sintáctica muy peculiar, especialmente en los primeros versos de cada una de las estrofas” (pp. 6-7). Y transcribe:

Qué estará haciendo esta hora mi andina y dulce Rita de junco y capulí...

Verso en el que por interferencia de un parámetro quechua, Vallejo habría omitido la preposición “a” delante de “esta hora”. El equivalente quechua –según Marticorena– sería:

¹⁶ Julio Calvo observa que esta secuencia también es frecuente en quechua; pero igualmente lo es en castellano: “*tanga*”, “*ganga*”, “*gringa*”, “*remanga*”, “*oblonga*”, etc.

¹⁷ Los topónimos “*Ayangay*” y “*Ayaguay*” fueron recogidos por el historiador Zevallos Quiñones (1943) y aparecen registrados por Andrade (1995a, p.413).

¹⁸ En las Anotaciones, incluidas en la parte final de la edición trilingüe (castellano, quechua, aimara) de la Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios (1584, p. 75), se dice que a estos diptongos, *ua*, *uy*, *uau*, *uay*, se les pone *h*, solo para acompañar la *u*. Por qué si se escribiese *va*, *vel*, *ua*, pronunciaríanlo o como consonante o como dos vocales disjuntas como en romance por la misma razón se escribe *hueuo* y *huérfano* y otros así, sin que la *h*, hiera ni haga aspiración fuerte.

¹⁹ Desafortunadamente, al transcribir la estrofa de “*Hojas de ébano*” en la que aparece la palabra «*tahuashando*», en el último verso, reproduce la errata de Ángeles. Escribe: “con sus ponchos de hilo”, en lugar de “con sus ponchos de hielo”.

Imataraqruwachkankayuraantina

ymiskiRitayhunkuwanKapulimanta...

En relación a las palabras de Ángeles Caballero, tal vez no tengamos competencia para discutir “el verdadero fondo estilístico” del vocablo *tahuashando* ni del poema que lo contiene; pero como toda obra literaria –antes que texto o escritura– es una elaboración verbal; es decir, un conjunto de enunciados constituidos por signos o entidades significantes²⁰ de carácter vocal, y estas, por unidades no significativas de una lengua específica, debemos considerar que en principio es una manifestación de una lengua –aun cuando esta hubiese sido interferida.²¹ Al respecto, Ezra Pound en su *How to read*, dice: “La gran literatura es sencillamente el idioma cargado de sentido hasta el grado máximo” (Pound, 1977, p. 23); con igual criterio Steiner (1971) afirma: “La literatura es ‘lenguaje en estado especial’” y añade: “la literatura es un lenguaje hasta cierto punto fuera del tiempo cotidiano que, a decir de Ovidio, sobrevive al tiempo mejor que el mármol o el bronce” (pp. 175, 177-178). Si esto es así –como parece evidente–, algo podemos decir los lingüistas sobre una obra poética.

En esta misma línea de pensamiento, Roman Jakobson (1975), en la exposición que hizo en el célebre congreso de lingüistas y antropólogos llevado a cabo en Baltimore, decía, citando a Ransom, que “‘la poesía es una especie de lenguaje’, el lingüista, que tiene por campo de trabajo todo tipo de lenguaje, puede y debe incluir en sus estudios a la poesía” (pp. 394-395). Y sintetizaba su propuesta con estas palabras: “Todos los aquí presentes nos percatamos claramente de que un lingüista que preste oídos sordos a la función poética del lenguaje y un estudioso de la literatura indiferente a los problemas lingüísticos y no familiarizado con los métodos lingüísticos son anacronismos flagrantes”. Pero aun así, asistidos por estas razones, en esta ocasión solo vamos a limitarnos a señalar algunos aspectos lingüísticos, sin ninguna pretensión de incursionar en la crítica literaria ni menos en la poética vallejana, tan genial.

Tanto Ángeles como Marticorena, por citar a algunos, observan solo la primera parte de dicho vocablo: *tahua-*, de presunto origen quechua, y la terminación *-ando* que ambos autores reconocen como forma de gerundio castellano sin dar ninguna explicación sobre el dígrafo “sh”, que es la representación grafemográfica del fonema /ʃ/²² (según el Alfabeto Fonético Internacional), cuyos rasgos articulatorios son: fricativo, prepalatal, sordo (de acuerdo con la descripción tradicional). Omisión que resulta extraña, porque en el análisis lingüístico los elementos identificados no pueden carecer de función. Veamos entonces cómo se pretende llenar este vacío.

El libro *Tahuashando. Lectura mestiza de César Vallejo* (2000), cuya primera edición había

20 Los significantes son los signos, pues estos solo son tales en cuanto expresan un significado. La significación es la función esencial de todo signo, que deja de serlo si no es significante. Por lo tanto, el significante no es una parte de un signo, como propuso en el algún momento Ferdinand de Saussure, sin ninguna intención conclusiva; por lo que dicha explicación teórica ha devenido en un paralogismo afortunado que, lamentablemente, se sigue repitiendo en forma acrítica (Rojas, 2014).

21 Como es el caso del castellano santiaguino de Vallejo –con algunas muestras de sustratos quechua y culle– y el castellano de Arguedas, marcado fuertemente por transferencias del quechua, que fue su lengua materna. A tal punto que la obra literaria de este nos hace pensar en un caso feliz –en el Perú– de “imaginación multilingüe” (Steiner, 1971, p. 25).

22 En castellano no existe el fonema /ʃ/; sin embargo, se actualiza fonéticamente en ciertas áreas dialectales, pero como alófono del fonema africado /ʃ/. Algo similar parece que ocurre en la lengua quechua, según una observación (en una comunicación personal) de Julio Calvo.

aparecido en 1991 con un título que repetía el de una obra de Vallejo: *Contra el secreto profesional*. Es así que *Lectura mestiza de César Vallejo*, es una obra de crítica literaria, en la que su autor, Jorge Guzmán (2000), utilizando el método de Micheal Riffaterre (1970, 1978), trata de explicar la producción poética de César Vallejo como la representación de la tragedia del mundo andino peruano, producida por la conquista española.

En relación con el tema que nos interesa, en el segundo capítulo analiza cinco poemas de nuestro poeta, el primero es “Noche en el campo”, cuya versión reelaborada es el segundo: ahora titulado “Hojas de ébano”. El original fue publicado por primera vez “En *La Reforma*, año v, núm. 1335, Trujillo, 20 de mayo 1916. Coyné reprodujo esta versión, pero tomándola de su copia en la revista limeña *Balnearios*, núm. 263, (18 de junio 1916). Espejo (1989, pp. 180-181) fue el primero de transcribirla de *La Reforma*” (González Vigil, 2005, p. 213). Sobre esta versión, el propio González Vigil (p. 215), elogiado editor de la *Poesía completa de Vallejo*, anota: “Las hondas modificaciones sufridas por este poema las relaciona verosímelmente Spelucín (p. 48) con la muerte de la madre de Vallejo (acaecida el 8 de agosto de 1918), sugerida en los versos 002026-27 de ‘Hojas de ébano’”. En los que el autor de *LHN* dice: “–Señora?... –Sí, señor; murió en la aldea aún la veo envuelta en su reboso...”²³

En “Hojas de ébano” aparece “tahuashando”, palabra que Guzmán (2000, p. 68) considera como un neologismo castellano procedente de la voz quechua *tahua* o *tawa*, con significado igual al del numeral castellano ‘cuatro’, a la que se ha agregado “el infijo –sh–, que confiere al verbo una larga imperfectividad, más la terminación española de gerundio. Esto es ya una mestización lingüística” que significaría para el citado autor: “Los alcanfores están “cuatreando””, “en el sentido *de ser cuatro*”.

Esta descripción requiere indudablemente una revisión cuidadosa. Y en la bibliografía más a la mano tenemos el estudio de Luis Andrade, “La lengua culle: un estado de la cuestión” (1995), en el que registra la palabra *tahuashando* con un breve reparo respecto al origen quechua que se le atribuye. Marco Martos (2007), en el discurso que leyó en el IV Congreso Internacional de la Lengua Española, coincide con esta observación y en quechua de la región, y tampoco *tawa* ha tenido fortuna en el quechua de la zona”. En este sentido, Cerrón y Solís (1989) habría observado que el fonema /ʃ/ representado por el dígrafo “sh” no existe en quechua, por lo que *tahuash* no sería un morfema originario de esta lengua. A lo que debemos agregar que el llamado –por Guzmán– infijo “-sh-” es discutible²⁴ y que tal infijo o interfijo tampoco existe en quechua ni en castellano.

Por el contrario, como dice Andrade (1995, p. 118) “el segmento [ʃ]” (o [ʃ]) es de “alta frecuencia en la lengua culle”. En términos coincidentes, Adelaar (1989, p. 92) resalta: “Los nombres de lugar muestran de manera muy evidente la ocurrencia de “sh” (similar al del inglés, por ejemplo en Pashash)”. Y, por cierto, aparece en posición inicial como en *Shitabal*, *Shaganda* y *shambar*; en posición intermedia como en *Ipashgón* y *cushal*; y

²³ En relación con el último verso, González Vigil (2005, p. 213) precisa: “Ponemos tilde en ‘aún’, pero mantenemos la opción de la ed. príncipe de no usar la ‘z’ en ‘reboso’”.

²⁴ En realidad, no se trata de un infijo, porque no va inserto dentro del lexema y porque carece de significado, como el que tiene el apreciativo –it– en *Cesitar*, *Carlitos*, *azuquitar*, *lejitos*, etc.; por lo que, en el mejor de los casos, podría haber sido considerado como un interfijo que sirve de nexo entre el lexema y el elemento temático “-a-”.

también en posición final como en *Pashash*, “Coshcash” –nombre de un sitio arqueológico en Santiago de Chuco– (Flores, 2001) y “cungush” (gusano que ataca la papa y el maíz).²⁵ Por lo que podemos pensar que en la palabra *tahuashando* el primer morfema no es *tahua*– (aparentemente quechua), sino *taguash* (culle), que por un proceso de quechuización escritural habría sido registrado como “*tahuash*”, con “h” y no con “g”. Y se trataría en realidad de un lexema verbal culle, al que Vallejo –siguiendo la tradición– habría agregado el gramema *-ndo* para darle la forma de gerundio castellano, precedido del fonema temático –a–²⁶ (o de “la vocal temática” como dicen algunos, en clara alusión a la letra “-a-” y no al fono o al fonema). Y aun cuando esto no hubiese sido así, la asignación del significado ‘cuatreando’ al vocablo *tahuashando* resulta inapropiado y extraño. Definitivamente inadmisibles, puesto que desestructura el sentido del verso. Y es aún más inaceptable con el supuesto sema de agrupamiento: “de cuatro en cuatro” (Ángeles), o “*de ser cuatro*” los viejos alcanfores (Guzmán). Pues, como se sabe, *tawa* carece de tal sema y de función verbal en la lengua quechua; y el gerundio castellano no es un cuantificador de magnitudes discretas ni de agrupamiento; y no tiene otro sentido que no sea la continuidad del hecho que significa, en el tiempo que este es ubicado.

Indudablemente, el aspecto más complejo que presenta este vocablo es el semántico. Jorge Guzmán para abordar este asunto toma como punto de partida la palabra quechua *tahua* a la que considera un hipograma y, por tanto, trata de estructurarle un significado con múltiples semas de variados referentes. Sin embargo, el poeta Juan Paredes Carbonell, estudioso de la poesía de Vallejo, es categórico al afirmar (en una conversación personal) que en la misma nada es anagramático y menos en *LHN*, apreciación que nos parece más cercana a los procesos de semantización del gran poeta liberteño.

Siendo muy brumoso el origen de *tahuashando* (o *taguashando*) nos disponemos a terminar estas reflexiones solo con una conjetura sobre el significado de este neologismo, basándonos únicamente en el contexto poético en el que aparece; en el que Vallejo crea una atmósfera de soledad, desamparo y frialdad, en torno a un sepulcro. Clima de recogimiento concordante con el sentimiento de dolor que le habría producido la muerte de su madre. Ubicados en tal situación, creemos que la significación de *tahuash* podría ser más sencilla y directa, esto es, denotativa, como la que corresponde a ‘tiritar’, ‘temblar’ (“con ponchos de hielo”) u otro afín. De tal manera que el poeta podría haber dicho:

... los viejos alcanfores
que velan [*tiritando*] en el sendero
con sus ponchos de hielo³² y sin sombrero.

(Citado por González-Vigil, 2012, p. 140).

²⁵ Esto supone que el lexema «*taguash*», en el proceso de castellanización habría adquirido la forma de un verbo de primera conjugación: «*taguashar*».

²⁶ A juicio nuestro, este significado rompería la unidad semántica del verso. En el Diccionario de la Real Academia Española, no se registra el verbo “cuatrear”, pero sí “cuatrerío”. (De cuatro, aludiendo a los pies de las bestias). adj. Que hurta o roba cuadrúpedos. U. m. c. s.”; y también “cuatrerismo. m. Arg. Actividad de los cuatreríos.” Lo que hace dudar que estos significados pudieran tener alguna relación denotativa, connotativa o metafórica con “... los viejos alcanfores / que velan... en el sendero / con sus ponchos de hielo y sin sombrero”, en la proximidad de un sepulcro.

Aunque también podría ser el significado que corresponde a “rezar” u “orar” en actitud contrita, reverente, “sin sombrero”. Lo que posibilitaría esta otra lectura:

... los viejos alcanfores
que velan [*orando*] en el sendero
con sus ponchos de hielo³² y sin sombrero.
(*Ibídem*).

Expresión que, además, podría concordar mejor con el marcado sentimiento católico que Vallejo evidencia en *LHN*, siguiendo la línea familiar, como solía ocurrir por entonces, pues sus abuelos fueron curas y en el hogar paterno la crianza fue profundamente cristiana.

De seguro, si Vallejo hubiese utilizado alguno de los anotados verbos castellanos, los versos finales de “Hojas de ébano” no habrían perdido el sentido ni el sentimiento que expresan. Por lo tanto, la pregunta inevitable es: ¿por qué habrá preferido el neologismo *tahuashando* y no un verbo castellano ya existente? Y la respuesta tal vez sea la búsqueda del efecto eufónico, que reclama toda sensibilidad poética³⁴; y quizá también la de una identificación con algo que pudiese mantener la comunión espiritual con la mujer con la que aprendió a hablar y que ahora se mantiene en silencio gélido.

Con palabras como esta, César Vallejo nos dejó, además de su incomparable obra poética, valiosas reliquias de la lengua de sus ancestros oriundos, de lo que Guzmán (2000) estima como el mundo de “lo no blanco” que marca el mestizaje de la poesía vallejeana. Mejor dicho, que caracteriza la peruanidad de la lengua usada genialmente por el poeta. Desde este punto de vista, parafraseando a Gide (1981), podríamos decir que no hay nada más específicamente peruano que la poesía de Vallejo.

Mestizaje en el que la presencia de elementos quechuas –recontados por Marticorena (1993) en *LHN*– es muy significativa pero no única, pues es innegable la presencia culle. Claro que los vocablos quechuas son mayoritarios. Pero es una desproporción explicable por la consistente propagación en el área culle, en principio, del quechua y después del castellano. La expansión de ambas lenguas habría reducido progresivamente el uso de la lengua propia de la población cullófona, hasta su desactivación final –según se dice– en la primera mitad del siglo pasado. De tal manera que, descontados los numerosos topónimos y antropónimos existentes, habrían sido escasos los ecos culles en el momento de la creación poética. Pero más allá de los datos estadísticos, lo trascendente es que esas voces todavía resuenan engastadas en el castellano actual de la antigua área culle y universalizadas en la poesía de César Vallejo.

REFERENCIAS

- Adelaar, W. (1989). En pos de la lengua culle. Cerrón y Solís (eds.), pp. 83- 105. Agustinos. (1992). En: *Relación de la religión y ritos del Perú hecha por los padres agustinos*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Andrade, L. (1995). La lengua culle: un estado de la cuestión. *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, N.º 26. Lima, Perú: Academia Peruana de la Lengua.
- Ángeles, C. (1955). *Peruanismos en la literatura peruana: César Vallejo*. Lima: La Crónica Dominical.
- Anónimo [1586] (1961). *Vocabulario y phrasis en la lengua general de los indios del Perú, llamado quechua*. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto de Historia.
- Brüning, H. (2004). *Mochica Wörterbuch. Diccionario mochica. Mochica– Castellano/ Castellano–Mochica*. Edición e introducción a cargo de José Antonio Salas García. Lima, Perú: Escuela Profesional de Hotelería y Turismo de la Universidad de San Martín de Porres.
- Cerrón, R. y Solís, G. (1989). *Temas de lingüística amerindia*. Lima, Perú: Concytec y Gtz.
- Cubas, M. (2007). *Evolución del castellano de Pallasca y su léxico*. Lima, Perú: Actas del II Congreso Internacional de Lexicología y Lexicografía “Pedro Bevenuto Murrieta”.
- Espejo, J. (1989). *César Vallejo. Itinerario del hombre, 1892-1923*. Lima, Perú: Seglusa Editores.
- Flores, M. (2001). Recopilación léxica preliminar de la lengua culle. *Tipshe*, 1(1). pp. 173-197.
- Gide, A. (1981). *Defensa de la cultura*. Madrid, España: Ediciones de la Torre.
- González, D. (1952). *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú llamada lenguaz Quichua o del Inca*. Prólogo de Raúl Porras Barrenechea. Lima, Perú: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- González, R. (2005). *César Vallejo. Poemas completos*. Lima, Perú: Ediciones Copé.
- Guzmán, J. (2000). *Tahuashando. Lectura mestiza de César Vallejo*. 2da. ed. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Jakobson, R. (1975). *Lingüística y poética. Ensayos de lingüística general*. Barcelona, España: Editorial Seix Barral, pp. 347-395
- Noriega, R. (2012). *Vallejo en su idioma y en su tierra*. Lima: Capulí